

**DISCURSO DE INGRESO
EN LA
REAL ACADEMIA DEL
EXCMO. SR. D. ALFREDO JIMENEZ NUÑEZ**

EL DIA 3 DE DICIEMBRE DE 1989

AMERICA, MIL Y MIL VECES DESCUBIERTA

¿De qué hablar en esta ocasión solemne? No era difícil la elección para quien ha sentido toda la vida el interés, la fascinación por las tierras y gentes de América. Mucho más difícil resultó desde un principio comprender las razones del honor que se me hacía con la elección de miembro de número de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. Reducir mis posibles méritos a su mínima valoración podría parecer un ejercicio de falsa modestia o suponer que los que me eligieron estaban totalmente errados. Pero, en el mejor de los casos, no puedo dejar de ver la mano de la generosidad y la benevolencia como principal instrumento de mi ingreso en la Academia. Ni siquiera mi condición de universitario y mi profesado americanismo podrían explicar la elección, pues bien y altamente representada que está ya la institución por hombres de la Universidad y por prestigiosos americanistas que han sido maestros ejemplares y más tarde entrañables compañeros de claustro.

Tuve siempre a la Academia en la más alta consideración y quizá por esta misma altura en que la tenía yo situada, he vivido respetuosamente distanciado de ella hasta el momento en que se me comunicó la buena nueva de mi elección. A partir de entonces, gocé del honor de asistir a las sesiones ordinarias y ha sido para mí una auténtica delicia compartir actos íntimos sazonados con las primicias de las intervenciones académicas y salpicados por la gratísima

conversación de sesudos e ingeniosos varones de los que tanto se aprende solamente con saber escuchar. En estos tiempos de prisa y múltiples ocupaciones, de muchedumbres y ruidos, ha sido para mí una vuelta a lo mejor del pasado y a las dimensiones humanas de la vida, el encuentro periódico en este hermoso retiro de Sevilla, que sirve para quienes lo frecuentan de alimento del espíritu y terapia del cuerpo. Por decirlo de otra manera, se me concedió en su día el privilegio de vivir por dentro una de esas instituciones de la ciudad de la que todos los sevillanos tienen noticias pero muy pocos conocen.

Si mi gratitud a la Real Academia Sevillana de Buenas Letras es grande por invitarme a su seno, mi reconocimiento es inmenso por la indulgencia que me permite vivir este momento con un retraso imperdonable sobre la fecha de elección. Sólo voy a recurrir a una razón que ni siquiera se atreve a ser disculpa, y es el sobrecogimiento que me producen los actos públicos y solemnes, especialmente si me toca algún protagonismo. Puedo asegurar que una parte de la deuda contraída con la Academia por la honrosa distinción que me hace, la pago con el esfuerzo que para mí supone desempeñar hoy el papel que corresponde a ese honor.

La Academia vive porque se renueva, y en la sustitución de unos miembros por otros —según Reglamento y ley de vida que, por lo mismo, también es de muerte— siempre se viene a ocupar la vacante que dejara alguien que nos precedió en el trance final. Ha querido el Destino que me corresponda llenar el vacío —intento vano por mi parte— de Alfonso Grosso Sánchez. Y lo que pudiera parecer artificiosa relación, no lo es en absoluto. Alfonso Grosso fue ante todo pintor, pero su presencia en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras estuvo más que justificada. En primer lugar, porque para todo verdadero humanista no hay fronteras ni encasillamientos. El escribió con pincel algunas de las mejores páginas de nuestro arte en este siglo. Alfonso Grosso supo penetrar con su sensibilidad en los más íntimos rincones de la Sevilla más oculta, y al describirnos con prosa de colores la grandeza y modestia de los conventos de Sevilla, llegó no solamente a los conocedores del arte sino también al pueblo llano, incluidos los que ni siquiera sabían leer pero entendieron perfectamente el texto escrito sobre lienzo. El discurso de ingreso de Alfonso Grosso tuvo por título «Gustavo Adolfo Bécquer, poeta y pintor», y

este argumento venía a mostrar la conjunción que en el académico se daba entre las letras y las artes plásticas.

Alfonso Grosso fue para mí —sin haberle tratado personalmente— un personaje familiar que hacía compatible su condición de figura señera del mundo cultural sevillano con esa otra nota de popularidad o conocimiento del pueblo que adorna a ciertos personajes de nuestra sociedad. En este punto, debo confesar que cuando andaba alrededor de los quince años mi aspiración era ser pintor lo cual me llevaba a visitar con especial interés las muestras de un arte que por aquellos años tenía ya como gran maestro a Alfonso Grosso. Por ser yo hermano de la cofradía del Museo desde que nací, pasé muchas horas de mi vida en ese trozo de Sevilla que forman la Capilla, el propio Museo y la plaza. En ese ámbito me encontré con frecuencia a Alfonso Grosso, quien supo conjugar perfectamente su tarea pictórica con la actividad docente y la responsabilidad de director de nuestro Museo.

No me extiendo más en este recuerdo sino que remito a otros textos sobre el ilustre académico cuya vida y obra han llegado a ser objeto de una tesis de licenciatura en nuestra Universidad. Y no hay mejor compendio para calibrar la valía de Alfonso Grosso que la intervención de nuestro académico José Hernández Díaz en la sesión necrológica dedicada en su momento al gran artista sevillano.

La «invención» española de América

No son pocos —y me temo que de aquí a 1992 serán más— los que ponen reparos ante la afirmación de que España, con tres embarcaciones y un centenar de marineros, *descubrió* en 1492 el continente que llamamos América. No voy a caer en la tentación de querer demostrar lo que está registrado en las páginas de la Historia. Ni quiero meterme por los vericuetos de la semántica ya que las palabras son a veces como las cerezas en cuanto que una tira de la otra —descubrimientos, hallazgo, encuentro— y así se puede llegar a cualquier parte, según el propósito que mueva a cada uno; o puede uno enredarse vanamente en las palabras.

Quiero yo hablarles de algunos de los mil y un descubrimientos —entre ellos los míos— que desde 1492 se han hecho de América. Pues cuando un hecho se repite por siglos y se hace universal ya no es privativo de nadie; y América nos pertenece a todos los que la hemos intuido, amado y deseado antes y después de conocerla y a pesar de conocerla. Porque América, desde 1492, ha

sido para los que nacíamos en el Viejo Mundo, una ilusión y una esperanza, un proyecto que algún día podría realizarse, una aventura a correr, una oportunidad allá en el fondo del tiempo y la distancia.

Y nadie tiene argumentos, y menos derecho, para negarnos nuestros propios descubrimientos de América o privarnos de la ilusión de que al otro lado del Océano están las tierras que los españoles nombraron Indias y que por unos siglos encadilaron ojos, caldearon corazones, aguzaron talentos, alentaron empresas económicas, religiosas, intelectuales y científicas; atormentaron conciencias y causaron no pocos desengaños en soldados, frailes y otros clérigos, colonos, funcionarios reales, mujeres casadas y doncellas casaderas que en tropel venían a embarcar en Sevilla o en Cádiz y realizaban —si el furor del mar no lo impedía— su íntimo y personal descubrimiento de América.

Sería cosa digna de ver cómo por los caminos que partían de Cantabria y Asturias, atravesaban León y las Castillas o cruzaban Extremadura y, por fin, penetraban en Andalucía para converger a orillas del Guadalquivir en Sevilla o en la bahía de Cádiz, bajaban españoles y españolas a lomos de mula o a caballo, en carretas o carrozas y no pocos a pie, todos ellos con la mente puesta en el Nuevo Mundo, con la ilusión prendida en unas Indias que habían vislumbrado al escuchar el relato de un pariente o amigo que estaba de vuelta o iba de paso entre el puerto y la corte, y había dejado temporalmente las tierras de ultramar para atender algún negocio o procurar cierto derecho o merced.

La Historia no ha conocido nada igual. Roma envió sus legiones. El Islam azuzó con el doble látigo de la fe y la codicia los corceles que montaban sus guerreros. De Inglaterra se desgajaron en principio unas cuantas familias que se sentían incómodas en su patria y marcharon a América en busca de libertad religiosa marcando así el comienzo de una peculiar colonización. La India, en singular, —la verdadera India que buscaba Colón por el Atlántico— no pasó de ser colonia de soldados y funcionarios británicos. Australia ha cumplido en 1988 el segundo centenario del comienzo de su colonización europea, y el programa de actos conmemorativos —cuyo máximo acontecimiento ha sido una exposición internacional— no pudo ni intentó ocultar que aquellas lejanas tierras iban a servir, principalmente, para internar a peligrosos delincuentes y asesinos. Y no hablemos de la crónica negra del continente llamado

«negro», porque la Historia ya le ha dado un título más que significativo: «El reparto de Africa», consumado en el siglo XIX y del que se han derivado aberraciones geopolíticas y étnicas, males y violencias que tiñen con rojo de sangre la piel negra de sus habitantes indígenas.

La Historia no ha conocido nada igual a lo ocurrido en la América hispana. No entro ahora en la bondad o maldad de las personas; ni siquiera en la filosofía moral o política de las potencias colonizadoras. Sólo quiero resaltar que España —además de descubrir América—, inventó América, imaginó América, la hizo ser lo que es hoy; y desde un principio se la contó a Europa, al Viejo Mundo, en crónicas oficiales y cartas íntimas, en historias y tratados eruditos, en leyendas, mitos y fábulas, en pláticas de viejos indios mantenidas al calor de la lumbre reavivada en aquel hogar que se dejó atrás, o a la sombra de los soportales de la plaza de un pueblo que se abandonó en edad moza.

Era toda una nación la que vivía pendiente del Nuevo Mundo. Era la Corona de Castilla, sobre todo, la que había apostado por las rutas y tierras atlánticas. Era toda una sociedad la que miraba al oeste dispuesta con su cultura a «occidentalizar» —qué curiosa paradoja— el más occidental de los continentes. Una España escasa en población se desangraba, pero lo hacía a la manera que la madre pierde sangre en pleno alumbramiento.

Las naves cruzaban en viaje de ida y vuelta el Mediterráneo hispano y la gente iba y venía de un mundo a otro sin salir de casa. Cada cual iba a lo suyo y para muchos —sin duda, la mayoría— el objetivo era «hacer las Américas» en beneficio propio, sin darse cuenta apenas de que también estaban construyendo América. Pero una cosa son los individuos y otra la sociedad. Una cosa es la extensión de una vida humana y otra muy distinta la obra secular de la Historia. Y así, entremezclados los altos ideales y los personales intereses, los sacrificios y los abusos, la gloria y la miseria, la entrega generosa y la ambición sin límite, la politiquilla, el nepotismo y la alta política de Estado, la espada y la cruz, la rudeza del labriego y la clarividencia del sabio, se hizo América, se levantó una civilización sobre ruinas pero también sobre rescoldos y raíces vivas de otras civilizaciones. Y ellos y ellas, los hombres de acá y las mujeres de allá, enriquecieron el panorama de la humanidad con la figura del mestizo americano. La historia, ciertamente, no ha conocido nada igual.

Cervantes y las Indias

No todos vieron cumplido su deseo de pasar a las Indias, su esperanza de lograr allá lo que aquí no encontraban. No ha habido más ilustre fracasado en esta fiebre española de ser arte y parte de la empresa indiana que el ingenioso hidalgo don Miguel de Cervantes. Como tantos españoles de su época, tenía noticias de lo que ocurría en las Indias y cuando pretende un empleo no lo hace a ciegas sino que sugiere al Consejo de Indias uno de cuatro oficios que a la sazón estaban vacos «... que con cualquiera de estos oficios que V.M. le haga merced la recibirá porque es hombre hábil y suficiente y benemérito...»

La respuesta burocrática no pudo ser más fría y lacónica «Busque por acá en qué se le haga merced. En Madrid a 6 de junio de 1590».

El autor que, como pocos en la historia universal, nos ha brindado con su pluma un profundo *descubrimiento* del alma y de la naturaleza del hombre, no pudo realizar su propio *descubrimiento* de América. Cervantes no pudo embarcar en la que era puerto y puerta de las Indias y tuvo que conformarse con inmortalizar algunas escenas de la Sevilla bulliciosa y pícara del Siglo de Oro o escribir la vida del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha. En verdad, Cervantes no tuvo que embarcar para contribuir con su ingenio a la hispanización del Nuevo Mundo que se pobló —¿cómo no?— de Quijotes y Sanchos; de conquistadores que soñaron con Dulcineas que nunca cruzaron el océano y cuyos encantos y atributos físicos fueron encarnados, sin otro remedio, por rudas y turgentes indias. También pasaron a las Indias curas y barberos, marineros y galeotes que abandonaban el barco en el primer puerto para sentirse libres ante horizontes infinitos; asimismo, marcharon hacendosas amas, discretas sobrinas y otros parientes y deudos que formaban en los séquitos de funcionarios; títulos que iban a desempeñar altos cargos y a ocupar sus vidas con los asuntos de gobierno y en fiestas donde no faltarían infelices convertidos en bufones que por unos momentos cabalgarían asombrados sobre Clavideños de portentosas facultades.

Dijo no hace mucho Octavio Paz, aquí entre nosotros, que «América empieza en Sevilla». Frase hermosa y, además, cierta. Si aceptamos que el mar no es de nadie, porque es de todos, es fácil aceptar también que a partir de 1492 América es una prolongación de España, pues en el siglo XVI se une a nosotros por ese hilo de agua que es el Guadalquivir, que en Sanlúcar no se para en barras y se mete en el océano para llevarnos, con la habitual escala en las Canarias, hasta

Nueva España, Castilla del Oro, Nueva Andalucía, Nueva Granada, Nuevo Santander, Nueva Galicia, Nueva Vizcaya...

Todo es nuevo y todo es viejo para los primeros descubridores de América. Viejo porque la nostalgia, el orgullo, la ilusión o el temor al destino incierto hacen que la imagen familiar de lo que se dejó atrás se sobreponga a la imagen nueva que se tiene ante los ojos. Y como la sabana de Bogotá hace recordar al descubridor la vega que se extiende al pie de la Sierra Nevada, llama a la tierra «Nueva Granada». O cuando los españoles repararon en el tamaño y grandiosidad de México, no encuentran mejor nombre para aquellos territorios que el de «Nueva España». Y cuando la planta es fecunda y del tronco nacen ramas y las ramas se hacen tronco, los descubridores que empujan hacia el norte la frontera de México bautizan las remotas tierras donde nace el Río Grande —Guad-el-Kevir de las Américas— con el título de «Nuevo México»: son los primeros retoños de una madre patria que pronto se hace abuela.

Mis tempranos descubrimientos de América

Como todos los niños a este lado del Atlántico, yo descubrí América por primera vez en los libros de la escuela. En los cursos finales del bachillerato ya estaba tocado grave y definitivamente por el mal o el bien de lo americano. Ciertos libros me contagiaron su pasión por la epopeya de los españoles en el Nuevo Mundo, y con entrega de adolescente dí con mi pasión y mis huesos en un edificio que en la calle Alfonso XII de Sevilla albergaba un centro americanista. Allí iniciaría años más tarde la especialidad de Historia de América cuyos estudios finalicé en lo que hoy conocemos como «antigua Fábrica de Tabacos», que por unos años compartimos con las últimas «Cármenes» o cigarrerías y con ciertas máquinas y labores que desprendían un polvo de tabaco que, tras flotar perezoso en el aire de los patios interiores, se colaba en la biblioteca de la Facultad de Letras, se posaba sobre mesas y libros y provocaba en chicos y chicas el mismo refocilante estornudo que los empelucados caballeros del siglo XVIII buscaban con fruición en el rapé, entonces de moda, que había venido poco antes de las Indias.

Me llegó por fin el día de embarcar para América y vivir mi primer descubrimiento. Mi nave era un avión todavía de hélice, con forma elegante como de pez más que de pájaro. Mi primer destino era Nueva York y mi escala fue Santa María de las Azores. Todo muy distinto al primer viaje colombino de dos carabelas

y una nao, escala en las Canarias y rumbo a latitudes tropicales. Pero mi emoción y estremecimiento no desmerecían de los que debieron sentir los miles de pasajeros a Indias que durante siglos habían vivido la aventura de arribar por vez primera a tierras americanas. Mientras sobrevolábamos en los albores del día los cielos grises de un Nueva York en otoño, anhelaba yo el momento de pisar la *tierra* tanto tiempo imaginada. Pero la prosaica realidad se impuso a la imagen idealizada y al descender del avión no pisé tierra sino cemento encharcado por agua de lluvia ennegrecida con manchas de aceite: era un signo del triunfo de la civilización industrial sobre unos paisajes que habían ya perdido su virginidad o estado de naturaleza.

El poeta debió sentir algo semejante a mi pasajera desilusión y, desde luego, supo expresar mejor que yo su visión de una «aurora» en Nueva York, allá por los años treinta. Así dicen los versos de Lorca:

La aurora de Nueva York tiene
cuatro columnas de cieno
y un huracán de negras palomas
que chapotean las aguas podridas.

La aurora de Nueva York gime
por las inmensas escaleras
buscando entre las aristas
nardos de angustia dibujada.

La aurora llega y nadie la recibe en su boca
porque allí no hay mañana ni esperanza posible.
A veces las monedas en enjambres furiosos
taladran y devoran abandonados niños.

Los primeros que salen comprenden con sus huesos
que no habrá paraíso ni amores deshojados;
saben que van al cieno de números y leyes,
a los juegos sin arte, a sudores sin fruto.

La luz es sepultada por cadenas y ruidos
en impúdico reto de ciencia sin raíces.
Por los barrios hay gentes que vacilan insomnes
como recién salidas de un naufragio de sangre.

Esta imagen lorquiana no es más que una de las mil caras de las Américas. Las hay todavía más tristes, más dramáticas, más inhumanas, especialmente en las urbes que crecen como cáncer en Iberoamérica. Pero el Nuevo Mundo todavía es en buena parte un continente joven y al natural, con filos de sierras no desdentadas por el tiempo geológico; con ríos que son mares de agua dulce; con selvas que sirven de pulmón al mundo; con travesuras telúricas, propias de un planeta adolescente, que rompen en erupciones volcánicas o estremecen la corteza de la tierra con pavorosas sacudidas; con mares tropicales que engendran huracanes y tornados que todo lo trastornan a su paso como manotazos de un niño grande en casa de muñecas.

América es también la serenidad de la pradera; la soledad y la calma de la pampa; la cálida exultación de las islas caribeñas; el aire límpido y fresco del altiplano; el húmedo y rumoroso ambiente de los grandes bosques y lagos; el silencio sobrecogedor de la puna y la blancura cegadora de los nevados andinos. Esta América grandiosa, varía y extrema; soberbia y modesta a un tiempo; esta América apabullante y tímida; escandalosamente fértil y rica o desolada y pobre como la hermana Luna, es la América mil veces descubierta y mil y mil veces por descubrir.

Primeros «descubridores» de América

La América que durante millones de años fue virgen e intocada, genesiaca como salida de las manos del Creador, fue por primera vez hollada por la planta del hombre hace cuarenta o cincuenta milenios, tal vez más. Aquellos nómadas del noreste asiático, que penetraron en América sin saberlo, son los primeros *descubridores*, los protagonistas de un suceso puramente geográfico e inconsciente.

¿Y quién niega este hecho a los que se empeñan en discutir y provocar para negar o ensombrecer el descubrimiento colombino y español?

Aquellas bandas de nómadas «descubrieron» —si así podemos calificarlo— un *continente*, una *tierra* vacía de vida humana. España descubre en 1492 el umbral de un *mundo* de cuya naturaleza y gentes se da inmediatamente cuenta y razón al resto de Europa.

Y conviene subrayar la diferencia entre descubrir *tierra* y descubrir un *mundo*. Porque lo primero es pura naturaleza cuya exploración, accidental e inconsciente o hecha adrede, no supone más que agrandar el espacio físico, prolongar el escenario natural del hombre, que no es poca cosa. Mientras que el viaje de 1492 y los

cientos que de inmediato le siguieron y se alargaron en abanico de rumbos, sirvieron para poner en comunicación dos *mundos* que se ignoraban, dos partes de una misma humanidad que hasta entonces había vivido por separado historias milenarias. Y del comienzo de este grandioso fenómeno histórico, de este proceso sociocultural, se cumplirá medio milenio dentro de pocos años, dato que debe ser suficiente para hacer en esta coyuntura un alto en el camino, un recuerdo de acontecimientos, un análisis de situaciones pasadas y presentes, una reflexión sobre causas y consecuencias, un estímulo para echar una ojeada al futuro con corazón abierto a la esperanza.

El umbral caribeño

No está mal, sino todo lo contrario, entrar en las Américas por algunas de sus islas caribeñas. Nuestro Rey, que Dios guarde, tuvo el acierto y el exquisito tacto de entrar en 1976 al Nuevo Mundo por la puerta de Santo Domingo. La primera vez que un rey de España se disponía a visitar las antiguas Indias españolas hacía aparentemente difícil una elección entre la veintena de naciones hispanas. Pero Santo Domingo, capital de una república que es parte de la isla que se llamó La Española, no tenía rival ante este honor mutuo para España y las Américas. Bastaban sus títulos de primera ciudad fundada por los españoles, capital de la primera Audiencia, y la temprana categoría de sede metropolitana, que le vino cuando la vieja sede de Sevilla no pudo por más tiempo llevar el peso de lo que hoy es el mayor contingente de población católica del orbe dentro de un mismo continente y con una misma lengua.

España conmemoró en 1892 —con menos escrúpulos que en nuestras vísperas, aunque con un exagerado sesgo colombino— el cuarto centenario del descubrimiento de América. La madre, entonces cuatro veces centenaria, contaba todavía entre las que habían sido sus numerosas hijas de Ultramar, con dos que figuraban entre las primogénitas: Cuba y Puerto Rico.

Si antes de desembarcar en las islas hispanas del Caribe se han conocido las Canarias —y no digamos nada si se ha nacido en las islas que podrían ser más afortunadas—, llegar a Cuba o Puerto Rico es como pasar al jardín del solar patrio; es como mudarse sin salir de casa. Cuba y Puerto Rico son tan familiares y entrañables —en particular a canarios y andaluces— porque han sido por más tiempo carne de nuestra carne.

¿No se parecen estas dos islas a esas hermanas mayores en edad, sin importar que sean menudas de cuerpo, que nacen cuando la madre es joven, y todavía forman parte del hogar cuando a la madre le ha llegado el declinar que traen los años? A fuerza y calor de vivir juntas —si excluir roces y riñas, que son cosas humanas y propias de mujeres que comparten un mismo hogar— terminan por parecerse tanto que casi se identifican. Pero la marcha del tiempo es imparable, aunque a veces resulte lenta, y las que parecían dos solteronas irremediables se casaron también con la Independencia, como a principios de siglo lo habían hecho sus hermanas continentales. Si bien, por no decir mal, en esta tardía boda intervino un vecino gigante en el lamentable y oficioso papel de *padrino* que vino a aguar el vino de un acontecimiento que debió ser fruto de un proceso natural que hubiera evitado, hasta donde ello es posible en la geopolítica de las Américas, la triste sombra del neocolonialismo.

* * *

Puerto Rico es una pequeña isla que por sí sola está hispanizando Nueva York. Cuando la guerra civil y la posguerra llevaron al exilio político o al simple desparramo a una buena parte de la intelectualidad española, Puerto Rico fue tierra privilegiada que se honró a sí misma con la presencia de dos españoles de exquisita sensibilidad; dos tardíos descubridores de América para quienes la serenidad y la luz, el ritmo suave de la vida bien entendida, eran elementos vitales: Pablo Casals y Juan Ramón Jiménez. Uno, nacido de cara al sol naciente que cada mañana ilumina el Mediterráneo; el otro, nacido de cara al poniente por donde el sol cada día se adentra en el Atlántico. Desde su Río Piedras puertorriqueño, Juan Ramón pudo en paz continuar su obra y darse a conocer universalmente hasta alcanzar las glorias de Nobel; pero, sobre todo, desde Puerto Rico Juan Ramón pudo contemplar durante años, con diaria y gozosa impaciencia, los cielos malvas del atardecer moguereño que el sol pintaba cada día en los cielos del trópico con unas horas de retraso sobre la hora de los relojes de torre de su pueblo natal.

* * *

Las Antillas constituyen uno de los microcosmos más sorprendentes y variopintos de nuestro planeta. Razas y culturas, alegría de vivir y facilidad para morir prematuramente se dan juntas en estas islas que son en más de un caso una síntesis dramática y absurda de

infierno y paraíso. Pensemos por unos segundos en Haití, negra de piel y francesa por su lengua, que ostenta el doloroso título de país más pobre de las Américas.

Descubrí hace años una Jamaica que sin perder la hermosura que le donó la naturaleza se había ennegrecido a pocos años de su independencia hasta el punto de que los blancos éramos una excepción, una rareza, por las calles de Kingston, su capital. Pero esta circunstancia racial —consecuencia de un pasado británico eminentemente esclavista y segregador, que no había dado nacimiento al mulato— no hubiera tenido mayor importancia de no advertir en los ojos de los transeúntes el odio o el desprecio hacia el blanco. ¡Triste realidad que sirve de advertencia y lección para la tolerancia cuando los blancos nos encontramos en mayoría y arrojamamos sobre los grupos de color, incluidos los gitanos, esas miradas de hostilidad o desprecio que yo sentí sobre mí en Jamaica!

La más grande de entre las Grandes Antillas es Cuba. La emancipación desgajó políticamente de España, a principios del siglo XIX, a una veintena de naciones, y los españoles apenas reaccionaron. En 1898 Cuba dejó de ser española —es un decir—, y desde entonces los españoles se consuelan ante las grandes pérdidas exclamando: «¡Más se perdió en Cuba!»

La más hermosa de las ciudades caribeñas es La Habana, aunque un andaluz del bajo Guadalquivir no puede ser imparcial en este punto. Luz, ritmo, puerto y naves, olores, plazas, balconadas altas y balcones bajos que dan un paso adelante en la acera para asomarse más a la calle, como en el Puerto de Santa María, en San Fernando o en Cádiz. Y calles: *calles* que no las hacen las casas alineadas, ni los comercios, ni los viejos palacios, ni los vetustos conventos, sino la gente que les da vida. La gente que se echa a la calle cada día y cada noche; que se para sí parar mientes en quién viene detrás ni del coche que pasa rozando el ajustado y estallante pantalón de la mujer habanera con la color tirando a muy morena y los atributos femeninos tan exuberantes como las frutas del Trópico.

¡La Habana Vieja! El Casco histórico de una ciudad joven en su población que se parece a sus hermanas andaluzas hasta en la decrepitud de su caserío. La Habana Vieja es patrimonio de la Humanidad. También lo es el corazón de Sevilla desde hace poco. Tal vez entre la UNESCO y los ciudadanos podamos salvar estas obras maestras del tiempo y la sensibilidad de una cultura que ha duplicado a un lado y otro del Atlántico un mismo concepto de ciudad hasta tal pun-

to que en Cádiz, el Puerto, Sevilla y La Habana uno no sabe si está en casa o de visita, si va o viene, como le ocurre a los cantes de «ida y vuelta».

América Central

Los españoles se desparramaron por la tierra continental desde las Grandes Antillas. El propio don Cristóbal Colón fue haciendo nuevos descubrimientos en posteriores viajes que le llevaron hasta las costas de América Central. Yo salté en una ocasión desde Jamaica a Guatemala y descubrí uno de los países más fascinantes de las Américas. Permítanme que me detenga en este minúsculo país, con desproporción entre tiempo y tamaño, porque en él tengo centrada mi propia investigación y concentrados mis amoríos americanos desde hace años.

En Guatemala se descubren hoy las huellas de la cultura indígena más civilizada de las Américas. Allí están, como dormidas y tapadas por el manto verde y mullido de la selva del Petén, las ruinas de los centros ceremoniales mayas. Todavía hoy, la mejor forma —la única, en los meses de lluvia— para ir desde la capital a las ruinas del Petén es el avión que al hacer escala diaria en la isla de Flores, en Tikal, y en otros pequeños núcleos campesinos se va llenando de indios cortos de cuerpo pero recios y musculosos, que llevan consigo sus mercaderías, sus trabajos artesanales, sus gallinas vivas... que todo junto convierte al avión en camioneta de pueblo.

En un recorrido hacia atrás en el tiempo, lo primero que uno descubre en Guatemala es su capital, ciudad sin gracia ni mérito que se funda a fines del siglo XVIII huyendo de los terremotos que habían arruinado una y otra vez la anterior capital. A unos 50 kilómetros de la ciudad de Guatemala se mantiene milagrosamente en pie, aunque muy destruida, la que fue durante más de dos siglos capital del Reino y Audiencia de Guatemala; es decir, de toda América Central y parte del sureste de México. Se le llama «Antigua Guatemala» para distinguirla de la primera o «Vieja» y de la actual. Porque en eso de fundar ciudades, nuestros antepasados fueron tozudos, y sólo en la ciudad —contra viento y marea o, más bien, terremotos— se encarnaban el concepto y el pleno significado de la civilización hispana, del Reino de Dios entre los hombres, de la Monarquía, del derecho ideal y de los avatares, miserias y esperanzas de la vida diaria.

En La Antigua se descubren formas, colores y aromas del mejor período español en América. Ciudad pequeña, casi dormida hoy; silenciosa a cualquier hora; de calles tiradas a cordel; abundante en

grandiosos conventos, iglesias, casas con escudos de armas y, cómo no, con una proporcionada Plaza Mayor flanqueada —según el modo hispánico— por la Catedral, el Palacio de los Capitanes Generales y el Ayuntamiento.

Mas allá de Antigua y de Ciudad Vieja —en nuestro caminar hacia el pasado— nos encontramos con el mundo prehispánico de los mayas. La mitad de la población total de Guatemala, que actualmente es de unos ocho millones, se clasifica como india y habla una docena de lenguas con multitud de idialectos. Advirtamos que la otra mitad es esencialmente mestiza o ladina, doble dato que resulta muy significativo para cualquier análisis de lo que fueron las Indias españolas y hoy es Hispanoamérica.

Chichicastenango, un pueblo grande en pleno altiplano guatemalteco, es una excelente muestra de pervivencia y adaptación, dos grandes virtudes de los indios mayas. Desde hace siglos, antes y después de la conquista, Chichicastenango es centro al que acude la población circundante para la doble tarea del mercado y la oración, aunque aquí los mercaderes no están en el templo sino en la plaza. Sin embargo, la autoridad dentro de la iglesia es compartida: a primera hora, el sacerdote católico que oficia la misa y administra los sacramentos; más tarde, los brujos que en mitad de la nave del gran templo colonial ejercen sus funciones y habilidades adivinatorias, encienden velas que colocan sobre las losas del suelo, hacen conjuros, musitan ininteligibles oraciones, beben y espurrean el alcohol sobre el fuego.

Tremendo sincretismo religioso éste que descubrimos en Guatemala, pero que es general en América. Difícil pero efectivo sincretismo que funciona como obligada transacción entre la ortodoxia católica y las creencias ancestrales del indio; una de las mil caras que muestra Iberoamérica a quien hoy emprenda la aventura de descubrirla.

Lo que se ha llamado espina dorsal de las Américas se convierte en la estrechez de América Central en un rosario que tiene volcanes por cuentas. En Costa Rica me he acercado por dos veces al volcán Poás y no he logrado descubrirlo porque la humedad es tan alta y la evaporación tan intensa que desde los miradores para turistas uno mira y no se ve nada. Nunca he sentido con más fuerza ni me ha sido paradójicamente más tangible el vacío que frente a un grandioso volcán absolutamente oculto por la bruma en pleno trópico y a la hora meridiana. Experiencia que demuestra que puede haber encuentro sin conocimiento; cercanía física sin comunicación ni contacto;

certeza de una existencia sin que ni la luz cenital del sol sea capaz de descender el velo que nos permita ver y después contar.

¡Y todavía hay quienes discuten y discrepan sobre quién y cuando se descubrió América o quienes afirman que todo fue un simple encuentro!

Tiene Costa Rica otra volcán —el Irazú— que hace años escupió ceniza durante meses y a punto estuvo de asfixiar con sus gases a la población de San José.

Poás e Irazú: dos volcanes de un mismo país: Uno, de laderas tan espesas de vegetación tropical, tan exuberante y húmedo, que no se deja ver casi nunca. Otro, frío y lunar, pedregoso y ceniciento. En el interior de ambos, tensiones telúricas, fricciones de capas y estratos, calor de infierno, arrebatos de furia, pasión contenida que a veces escapa en gases y humos y otras veces en explosión de lava.

Uno descubre a fuerza de recorrer América, que esta disimilar naturaleza tiene reflejo en su población y en su historia. Uno comprueba que en el pequeño espacio de las cinco naciones centroamericanas —todas ellas sumadas tienen menor superficie que España— vive una sociedad tan desigual como sus tierras y climas. Una sociedad sometida a tensiones como las que pugnan en el seno de sus volcanes. Una población tan diferente en sus reacciones y comportamientos que hace que naciones vecinas puedan ser, según los casos, ejemplo de democracia y paz sin ejército o escenario persistente de opresión dictatorial, de guerrilla y guerra, de corrupción interna e infames connivencias externas, de escandalosas desigualdades de clases y razas, de abusos de oligarquías familiares...

Una triste tradición; todo un modo de vida o de lamentable malvivencia a las que no son ajenos, obviamente, los factores geopolíticos, los imperialismos económicos, la heterogeneidad racial y cultural de sus habitantes. En suma, méritos y deméritos que han servido para acuñar el lastimoso calificativo de «repúblicas bananeras».

Tres gigantes americanos

En América hay tres gigantes, cada uno de ellos mayor que Europa, cuya población no habla español, aunque sobre este punto habrá que hacer más adelante alguna matización. No es posible imaginar América —ni siquiera desde un punto de vista puramente español— sin tener en cuenta a estos tres colosos del doble continente que son Brasil, Estados Unidos y Canadá.

Brasil

Brasil exige su propio descubrimiento no tanto por su ascendencia portuguesa —al fin y al cabo ibérica— sino por su propia y compleja naturaleza.

No he visto una mezcla más asombrosa, más extremosamente bella de la naturaleza y la obra del hombre, que la visión desde el aire de la Bahía de Río de Janeiro. Azul de las aguas, celeste de los cielos, verdor de cerros y colinas, oro claro de las playas, mansas bahías de Río de Janeiro, el Pan de Azúcar, los brazos siempre abiertos del Corcovado, la filigrana de su traza urbana... elevan la estética y la armonía a unos niveles en que todo parece irreal en cuanto que no es posible ni fácil de aceptar que pueda darse tan prodigiosa combinación de elementos.

Volvemos a descubrir en las calles de Río el gusto por el paseo y la charla; la contemplación, que hoy se calificaría de machista, que los hombres apoyados en una esquina bien situada o a la puerta de un bar dedican al paso de la mujer, de la hembra casi en abstracto; o como se decía en castizo y pueblerino castellano, del «mujerío». Verlas venir, sentir las cerca por unos segundos y dejarlas pasar en un rito cien veces repetido al día durante el cual la mujer se siente contemplada y deseada sin que pueda o no quiera hacer nada por evitarlo.

¡La vida en la calle! El encuentro inesperado e interminable sobre la acera; el coqueo en un establecimiento desde donde se ve lo que pasa fuera; los juegos infantiles en las plazas; los arrumacos o las disputas de los enamorados en un banco de un paseo; los corros donde se habla y discute de todo como en pequeñas ágoras; los viejos al sol o al fresco, según época y hora. Todo ello es parte esencial del gran espectáculo de muchas ciudades que tienen algo en común a pesar de las distancias y de los matices.

Si en algún caso es apropiado el calificativo de «latino» para abarcar a toda la población de Iberoamérica y conectarla con una parte de la vieja Europa, yo creo que es en la herencia de unos modos de vida colectivos que tienen por escenario la ciudad en sus calles y plazas. Para mí que el punto común, la esencia *latina* o mediterránea de Iberoamérica están en la gente que se comunica, se divierte, se ama o se despelleja en plena calle o plaza. Aquí es donde yo descubro ese trasfondo posiblemente romano —tal vez más antiguo, helénico— que sigue vivo en ciudades como Nápoles o Sevilla y se trasplantó hace siglos a La Habana o Río de Janeiro.

Descubrí Brasilia cuando estaba recién hecha, cosa que ocurrió a tantos españoles del siglo XVI que llegaban a las Indias y estrenaban ciudad como quien hoy estrena «urbanización» o «polígono». Brasilia fue una ciudad imaginada en estudios de arquitectos que no tuvieron en cuenta la sabias instrucciones que la corona de España promulgó en el siglo XVI para la correcta y humana fundación de ciudades. Brasilia es otra cara y otro afán de Brasil: poblar el interior, rebasar la colonización *fenicia* y costera que los portugueses hicieron de su imperio. Brasilia es un espectáculo, un fenómeno digno de ver para después marcharse; un experimento a contrapelo de lo que tiene tradición y vigor en una cultura.

Pero Brasil —que en el mapa es como el gran vientre de América del Sur— presenta contrastes más agudos y asombrosos. Si Río y Brasilia son tan diferentes entre sí, ¿qué tienen en común la ciudad de Salvador, en el estado de Bahía, y la selva amazónica?

Salvador es mulata; es costera y mira por igual a Europa y África. Me queda en el recuerdo la imagen superficialmente alegre de una ciudad que vive y respira en los pulmones de sus calles y plazas. Me quedan también la pena y la rabia de haber descubierto, en un paseo nocturno en compañía del gran intelectual Thales de Azevedo, unas escenas que hoy ya se van haciendo más cercanas a nosotros y tan frecuentes en las páginas de la prensa que nos dejan insensibles.

Paseando en la penumbra por ciertas calles de Salvador advertí que a la puerta de algunas casas había una mulatita, poco más que una niña, apoyada en el quicio, sola y expectante, que nos miraba con ojos que más que una incitación eran un terrible interrogante: «¿Por qué?, ¿Por qué yo?» Mi acompañante respondió lacónicamente a mi muda pregunta: «Prostitución infantil. Sus padres están al fondo de la casa en espera de clientes. Es un medio más de vida para muchas de estas gentes».

¡Qué triste descubrir esta América que existe de norte a sur del doble continente y que no respeta fronteras de razas ni lenguas! ¡Qué doble bocanada de aire fresco supone llegar en un avión militar al corazón de la selva amazónica, a dos mil kilómetros de la costa del Brasil, y descubrir una América precolombina de indios que se acercan tímidos al avión que muy de tarde en tarde se posa en una franja de tierra ganada a la selva! Si el «buen salvaje» que imaginaba Rousseau existe, está aquí en la cabecera del río Xingú, afluente del Amazonas. Desnudos, con el cuerpo pintado de una espesa capa roja que les protege de los insectos; dedicados al cultivo de la yuca que es su pan de

cada día; armados de arcos y flechas para cazar pájaros y monos que son su dieta de carne; sanos y fuertes; prudentes y observadores los hombres; tímidas y recatadas las mujeres, aunque muestren lo que nosotros llamamos «vergüenzas», quizás por la falta que sufrimos de las mismas; sonrientes y un tanto asustados los niños; pacíficos todos...

Hermosa y desconcertante escena pues en ella no han irrumpido todavía la violencia, el alcohol y la droga, la rapiña que valora más los recursos naturales que al propio hombre. Porque, a diferencia de la dura vida del campesino y de la trágica situación del emigrante a la gran ciudad, estos indios del Neolítico, de vida simple y elemental, no conocen todavía la *miseria*, que no es una forma de vivir natural sino una creación del propio hombre, una consecuencia de la injusticia social y de la avaricia.

No es posible hablar con los indios, con los «naturales», como acos- tumbraban a llamarlos los españoles del siglo XVI. No conocen el portugués ni más lengua que la suya propia. No es posible mercadear con ellos porque no conocen el dinero. Están dispuestos al trueque, pero no vamos preparados para conseguir una hamaca de finísima y resistente fibra, un arco y una flecha con punta de madera endurecida al fuego, o una tosca vasija de barro. Un solo objeto pareció valioso a uno de aquellos indios que aceptó satisfecho una pequeña linterna. Aquella noche la pasó merodeando entre nosotros y su choza mientras iluminaba fascinado cada palmo de tierra y se maravillaba de ver en plena noche los matorrales y las madrigueras. Antes del amanecer había agotado la batería y había descubierto con pesar que la magia del hombre blanco no era duradera; no tanto como el fuego de leña permanentemente encendido en el interior de su gran choza.

Estados Unidos

En Norteamérica están los Estados Unidos. La afirmación no es redundante ni gratuita, pues México también es parte del Hemisferio norte a pesar del común error de dividir a toda la población de allende el Atlántico en «norteamericanos» y «sudamericanos». Decía que en América del Norte están los Estados Unidos; y también Canadá. Ambos son gigantes por su tamaño; el primero lo es, además, por su población —unos 250 millones de habitantes— y por su poder económico, militar y político, que unas cosas son consecuencia de otras. También por su vigor cultural, aunque no guste o no se quiera reconocer desde posturas absurdamente orgullosas o desde un chovinismo de escala europea.

Es frecuente menospreciar desde Europa a Estados Unidos con la afirmación de que la mayor parte de sus grandes figuras nacieron en el Viejo Mundo. Para mí este hecho es el mayor elogio que se puede hacer de una sociedad donde tantos europeos —dejados ir por la negligencia o la envidia— han logrado hacer su propio descubrimiento de América y han encontrado allá el país de la oportunidad para realizar y dar a conocer universalmente su obra. Desde la época casi artesanal de las ciencias de principios de siglo —que permitió al genio de Ramón y Cajal obtener en 1906 el premio Nobel de Medicina sin apenas medios ni comprensión— no hemos tenido en ochenta años más que otro premio Nobel en los campos de la ciencia. No nos dejemos, pues, llevar por la indignación —que mejor sería sentirnos tocados por la culpa— cuando Severo Ochoa aparece en las relaciones de premio Nobel clasificado como norteamericano. Ni pretendamos lavar esa culpa colectiva, nacional, con la falacia de que un cerebro ha sido «recuperado», cuando, en verdad, a su regreso ya había exprimido su saber en laboratorios americanos.

No nos dejemos llevar por la patriotería o el complejo de superioridad de ser europeos cuando los méritos no hay que presumirlos sino demostrarlos. No nos engañemos. Nueva York es capital económica y financiera del mundo, pero también es su capital cultural. Chicago no es la ciudad peligrosa de los «gansters», ni la metrópoli zafia y ruda del comercio de ganado y grano. Al menos no es solamente eso, porque Chicago es un núcleo académico y universitario de primera magnitud y su vida artística y cultural es pujante a través de sus museos y fundaciones. Yo descubrí en Chicago, como estudiante, una universidad de primerísimo orden en cuyo campus era fácil cruzarse con un premio Nobel o escuchar a Camilo José Cela —a quien nunca he visto por Sevilla— una conferencia sobre tres figuras de la «Generación del 98»; por no hablar de bibliotecas de millones de volúmenes donde es más asequible estudiar la mística española, la «Generación del 27» o la historia cristiano-musulmana de la Península que en cualquier biblioteca española.

Es cierto, y ello honra a la vieja España, que las Universidades de México y Lima se fundaron años antes que la primera universidad de lo que hoy son los Estados Unidos. Pero no es menos cierto que en un racimo de universidades de Nueva Inglaterra, en Chicago, California y alguna otra parte del país se encuentra hoy la vanguardia mundial del conocimiento científico, del pensamiento filosófico, sociológico y antropológico. Y lo que es más desconcertante, de la creación

literaria y artística. Recordemos una reciente anécdota: cuando el mexicano Carlos Fuentes recibió la llamada telefónica para anunciarle que se le había concedido el premio Cervantes de las Letras Españolas no estaba en Alcalá de Henares, en Salamanca ni tampoco en México. Estaba dando clase sobre el Quijote en la Universidad de Harvard donde, según parece, no sólo se forman los cerebros de la empresa y la política de los Estados Unidos sino que también tienen tiempo y medios para ocuparse de Cervantes.

No puede sorprender que los hispanoamericanos se lancen cada día más al descubrimiento de la América anglosajona para formarse científicamente en sus universidades, cosa bien natural; y para conocer mejor su propia historia, cosa ya no tan natural. Mientras tanto, muchos ignoran a las universidades españolas, salvo que vengan a recibir algún premio ganado lejos de nosotros. La situación es tan absurda y lamentable como para haber convertido a las universidades de Francia, Inglaterra y Alemania en competidoras con ventaja de la Universidad española en lo que ya se llaman corrientemente «estudios latinoamericanos».

Si en Estados Unidos saben muy poco de nosotros, también España ha ignorado la realidad hispana de los Estados Unidos. La política americanista de España de corte oficial —la que se inicia después de la guerra civil y casi llega a nuestros días— ha actuado bajo el torpe principio de que la América española terminaba por el norte en la frontera mexicana.

Hace poco más de veinte años, no existía en los Estados Unidos un «fenómeno hispano», en términos culturales y políticos. Había solamente unas minorías de habla española que malvivían discriminadas e incomunicadas entre sí en el Suroeste, Texas, sur de Florida, Nueva York... El aumento de esta población —muy superior en su índice a la media nacional—, más la creciente y cada día más diversificada inmigración de gentes de habla española, han provocado un fenómeno de facetas no solamente sociales y culturales sino económicas y políticas. Los anglos de Estados Unidos acaban de descubrir —¿cuándo lo hará España?— que los hispanos son ya bastante más de veinte millones y que en muy pocos años serán la minoría más grande del país, por encima de la población negra.

Un descubrimiento americano de este final de siglo es que los Estados Unidos de América del Norte, la nación cuya mayoría se había clasificado de siempre como «blanca, anglosajona y protestante», es hoy la quinta nación hispana del mundo. No está lejos el año

en que habrá más hispanohablantes en los Estados Unidos que en España, pues ellos crecen mientras nosotros nos estancamos demográficamente y, para colmo, el castellano comienza a tener en algunas regiones de España un rango y una consideración que no necesitan aquí de calificación explícita.

Dos hermanas que poco se parecen: México y Argentina

He dejado para el final de estas andanzas propias y ajenas por las Américas, mis comentarios a los dos países hispanoamericanos más extensos por su geografía y de mayor población: México y Argentina. Son dos hermanas que se parecen muy poco, aún dentro del aire de familia que une a todas las repúblicas hispanoamericanas. A pesar de las diferencias notables —y este hecho es parte del fenómeno complejo y riquísimo del mundo hispánico— yo me he sentido más en casa en cualquiera de estos dos países que en ningún otro de los países americanos que conozco.

El mexicano de ciudad que uno encuentra normalmente me resulta extraordinariamente afín en cuanto a su actitud ante la vida, su sentido del humor, la manifestación de sus valores religiosos, su fácil sociabilidad. Sé que esto es simplificar mucho y puede que peligrosamente. Están, además, los grupos indígenas o los numerosos mestizos que se inclinan más en la dirección de sus raíces indias que no españolas. Estoy hablando del ciudadano medio y del estereotipo que poseemos y que tantas veces nos hace ver las cosas como parecen y no como son. Pero es lo cierto que se produce una fácil comunicación entre españoles y mexicanos, una coincidencia de gustos y de aficciones —tal vez más ciertas y evidentes con la España del sur—, que pueden tener su más clara manifestación en hechos tópicos y típicos como el folklore, el machismo y el concepto genérico de la familia, la religiosidad popular, la devoción mariana, el trato con la muerte, las corridas de toros.

La ciudad de México, con su área metropolitana, es monstruosamente grande sin que nadie pueda asegurar si tiene trece, quince o dieciocho millones de habitantes. Es igual; cualquier cifra, por alta que sea, la hace verdad el rápido paso del tiempo. Es abigarrada y desigual porque en sus calles, avenidas, parques, colonias y arrabales uno puede ver toda la gama del México pluriétnico y toda la escala social desde la miseria infrahumana al lujo insultante. Queda muy

poco del espléndido México de la colonia, o al menos, estos restos se achican y como se esconden ante el tremendo crecimiento humano y espacial, ante las modernas edificaciones, las kilométricas avenidas, el infernal tráfico que contamina lo que debiera ser el fresco y puro aire de un altiplano a 2.000 metros sobre el mar. Esta es quizás la primera impresión desilusionante del descubrimiento de la ciudad de México. Después, uno encuentra lugares como la Plaza de las Tres Culturas donde confluyen vestigios excavados del período prehispánico, la iglesia colonial y la moderna arquitectura.

Aunque no hay nada como El Zócalo, la inmensa Plaza Mayor de la ciudad de México, que puede rivalizar con ventaja con la de Madrid y la de Salamanca. El Zócalo es un oasis de serenidad, de relativa calma, de equilibrio y proporción, desde cuyo centro uno puede contemplar, al girar sobre sí mismo, la Catedral y su capilla del Sagrario, el Palacio del Gobierno y otros edificios de excelentes traza y factura colonial que dan al inmenso rectángulo del Zócalo todo el sentido de la tradición española de la «plaza mayor», aunque a escala propia de la que fue capital del Virreinato de la Nueva España.

Más de una vez me he alojado en un hotel en la calle de Francisco Madero, y después de un día ajetreado; atormentado por los ruidos, mareado por la muchedumbre y la riada de vehículos, me he ido a pie, ya en plena noche, hasta la cercana plaza del Zócalo para gozar de su vista, para ensanchar el espíritu y la memoria sobre unos metros cuadros de tierra que han concentrado durante siglos y sin interrupción el poder y la gloria de México. Allí en el Zócalo, al lado de la catedral, que es una de las más grandes de la Cristiandad, están las ruinas de lo que fue el Templo Mayor de los aztecas, que tanto admiraron Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo al descubrir una ciudad que les dejó perplejos, abrumados.

La ciudad de México es hoy un fenómeno digno de la atención de las ciencias sociales. La ciudad de México es la urbe de mayor índice de crecimiento en el mundo, y si en otras épocas el tamaño físico y la población de una ciudad eran signos de su poder y riqueza, hoy sabemos que el canceroso desarrollo de algunas ciudades es una característica del *subdesarrollo*, de la dependencia y, generalmente, de la especulación y la corrupción. Si no se pone remedio —y ya es muy tarde— México está condenada a ser a fines de este siglo la urbe más populosa del mundo, con más de treinta millones de habitantes en su área metropolitana; casi la población de España, toda la

población de Argentina o de Canadá metida en un valle, en una cuenca, donde llegarán a faltar literalmente el agua y el aire respirable.

* * *

Buenos Aires es otro gigante urbano pero muy distinto de la ciudad de México, porque repito que Argentina y México son dos hermanas que poco se parecen. Buenos Aires es joven, fundada de la nada por los españoles. El territorio argentino no fue virreinato hasta muy avanzado el siglo XVIII, mientras México fue virreinato a pocos años de su conquista. Argentina es en gran parte producto de las migraciones europeas de los dos últimos siglos, y Buenos Aires fue el puerto de entrada y el lugar de asentamiento de la mayor parte de esta migración. Argentina crece a ritmo lento, más propio de Europa Central que de las Américas. Todavía no ha alcanzado su población los treinta millones, y casi la mitad vive en el gran Buenos Aires, que es como la gran cabeza de un cuerpo apenas desarrollado.

Si la ciudad de México es, al menos en apariencia, castizamente española, Buenos Aires es una ciudad aparentemente europea. Tras doce horas, si el vuelo es directo desde Madrid a Buenos Aires, el viajero descubre una ciudad en latitud muy europea —aunque a la inversa en cuanto a verano e invierno— frente a la casi constante tropical de tantas ciudades iberoamericanas. Ciudad costera, llana, trazada en retícula, esplendorosa en un siglo muy próximo a nuestro tiempo, nos recuerda en su urbanismo una Barcelona multiplicada por cuatro. Su extenso comercio, sus calles transversales a las grandes avenidas, sus numerosos kioscos de prensa; su intensa vida teatral; la alegría y la broma, a veces exagerada, de sus gentes que llenan aceras y calles peatonales, también nos recuerdan Madrid. Y lo mismo debió ocurrir a tantos argentinos, a tantos porteños, que vinieron a España años atrás, forzados por las circunstancias sociopolíticas, y encontraban en la capital del Reino la mejor réplica posible de su «Buenos Aires querido», por decirlo con acento de tango.

Reflexiones finales

Llegamos al final de un camino en que nos hemos demorado más de la cuenta a pesar de haberlo recorrido a grandes zancadas. Es momento de unas reflexiones finales que conjuguen facetas diversas de una realidad indivisible: España, América, el cercano centenario, Sevilla, el futuro...

He querido esbozar un cuadro que mostrase la extensión y profundidad de la huella de España en América y el drama y la complejidad

de un mundo sobre el que tenemos una grande e insoslayable responsabilidad ante la Historia. Estamos a punto de culminar cinco siglos de presencia y obra de España en el Nuevo Mundo, y las vísperas sorprenden a muchos mal preparados y sin entusiasmo. Quedan atrás años preciosos que debieron aprovecharse mejor en la tarea de interpretar la historia y conocer el presente de América con la parsimonia y los medios que son propios de los grandes proyectos académicos bien concebidos y mejor ejecutados. Los americanistas españoles hemos trabajado en estos años como siempre: con mucha voluntad, escasos recursos y poca coordinación a la altura de las circunstancias. Para esta tarea habitual no era necesario esperar ni vivir la extraordinaria experiencia del cumplimiento de medio milenio.

Después de cinco siglos de andadura histórica, bastantes españoles caminan encogidos y como avergonzados porque unos cuantos — que gritan y parecen muchos— acusan, se rasgan las vestiduras, señalan a España con el dedo, utilizan datos falsos o incompletos, y esgrimen argumentos falaces para juzgar una obra de otros siglos con criterios y códigos de hoy.

El mundo tiene casi olvidados —y esto es bueno si despeja el camino de la reconciliación— los horrores de la segunda guerra mundial con sus campos de concentración y exterminio, la matanza atómica, las purgas políticas con millones de víctimas, las experiencias imperialistas que siguieron a la llamada «paz» y arrollaron a tantos grupos étnicos sin respeto ni tolerancia a lengua, religión y cultura. Y esto ha ocurrido no cinco siglos atrás sino ayer; todavía ocurre hoy. Francia celebró hace un siglo con una Exposición Universal el primer centenario de una Revolución que fue tan rica en buenas intenciones como abundante en sangre que chorreaba de un artilingio que debe su nombre al doctor Guillotin. Francia vuelve a celebrar en 1989 con un espléndido y envidiable programa de actos culturales, el segundo centenario de esa misma Revolución. ¿Qué haría Francia en 1992 si pudiera mostrarse ante el mundo del brazo de una veintena de naciones americanas que hablaran su lengua y compartieran su cultura?

Y no pocos españoles, metidos en casa, tibios, escépticos, prudentes, y muchos con sentimientos de culpa, porque en un mismo año, hace cinco siglos, culminamos la reconquista de un territorio que había sido invadido por la fuerza y, meses después, desvelábamos un Mundo que era nuevo para Europa.

Y aún puestos a juzgar el pasado, nadie puede culpar a nuestra generación de errores y abusos de otros siglos. Nadie nos puede privar de la

conmemoración de medio milenio de historia en común con las Américas. Nuestras únicas responsabilidades son las de hoy y las del futuro que engendremos. Nuestra generación tiene el deber de re-descubrir América; de salir al encuentro de nuestras hermanas; de tender la mano a los pueblos que nos necesitan, porque su independencia de España no significó apenas liberación, y algunos son hoy menos libres que nunca ya que viven atrapados por poderes políticos y fuerzas económicas sutiles y degradantes como no lo fue la administración española.

Pueden pensar algunos que la Academia y un discurso de ingreso no son el lugar ni el momento para estas reflexiones. Creo, sin embargo, que la Academia sólo tiene sentido y razón de pervivencia si es fiel a su tiempo, que es constantemente nuevo y variable. La Academia de Buenas Letras, que debe serlo también de buenas obras; la Universidad y otras instituciones sevillanas, y todos los sectores de nuestra sociedad, tienen un compromiso para el 92 contraído con España y la comunidad internacional. Sevilla volverá a ser en 1992 capital universal, puerto y puerta no sólo de las Indias sino del mundo. Vivimos vísperas que deben estar plenas de afanes e ilusiones, de trabajo común, de proyectos que vayan más allá de 1992. No podemos cambiar ni repetir la Historia, pero sí podemos y debemos imaginar y construir para la Historia.

Quiero terminar con una idea y una sugerencia. La Sevilla eterna, capaz de asimilar culturas y adaptarse a cada tiempo sin traicionarse, tiene ante sí la oportunidad y la exigencia de volver a ser la ciudad más americana de Europa y foco que ilumine y libere de sombras e ignorancias mutuas. Si 1492 marcó el comienzo de un descubrimiento, 1992 debe ser la ocasión para plantearnos el redescubrimiento como tarea diaria e inacabable, porque el mundo cambia y las generaciones se renuevan.

Entre lo mucho que ha de quedar en Sevilla como legado de 1992, yo sugiero un Instituto de Estudios Euro-Americanos que lleve el nombre de nuestro Rey Juan Carlos I. Ninguna ciudad de Europa sería más idónea para servir de foro permanente de encuentros y estudios que acerquen las dos orillas del Atlántico. Ningún título más justo para este Instituto que el nombre de un Rey que conoce y ama América; que es sensible tanto a nuestro destino europeo como a nuestra vocación americana. Esta es también, a mi entender, la mejor síntesis de lo que fue y debe ser Sevilla.